

al cual se declaraba la guerra; y las últimas para depositar en un nicho practicado *ex profeso*, á los niños recién nacidos cuyo nacimiento se deseaba ocultar. Pero ninguno de estos monumentos adquirió la grandeza y majestad que las columnas triunfales.

ESTATUAS HONORÍFICAS.

Las estatuas alzadas sobre simples pedestales, constituyen una tercera clase de monumentos honoríficos. Menos importantes y mucho menos costosos que los anteriores, estos monumentos se encuentran más multiplicados; mereciendo desde este punto de vista no poco interés. Para motivar las columnas ó los arcos triunfales, se ha menester acontecimientos notables que hayan ejercido influencia sobre los destinos de la nación; mientras que una existencia colmada de grandes servicios prestados á la humanidad, en cualquier sentido, puede ser merecedora de una estatua. Y tal monumento elevado en una plaza pública á un gran ciudadano, es una preciosa enseñanza y un testimonio de reconocimiento. Por otra parte, se contribuye á embellecer las ciudades, y que sean más familiares las obras de arte á la multitud. Toda la vida del hombre sobre la cual se llama la atención, se reconstruye; despiértase el respeto por la abnegación, el trabajo ó el genio; desarróllanse nobles ambiciones; y al propio tiempo, los rasgos, la actitud, las formas simbólicas de la obra se estudian, se comentan y contribuyen á desarrollar también el sentimiento de lo bello.

Estos monumentos se colocan en los paseos frecuentados, en las plazas públicas ó á la entrada de los puentes. Debe evitarse que se pierdan en espacios vastos, desprovistos de escalas de comparación: aparecerían pequeñas las estatuas, á menos de tener proporciones colosales. Necesitan igualmente formarse cuadro, bien por la vegetación, ó bien por las construcciones que las hagan con ventaja resaltar.

El pedestal no debe ni aplastar la estatua, ni atraer la atención á sus expensas; pero es esencial que se encuentre en ar-

monía con aquélla, y que participe de su carácter. Además, que indique firmeza, que se presente como una base monumental y que deje espacio para la inscripción votiva que suele colocarse en el mismo pedestal. Emblemas bien escogidos pueden exornarlo y completarlo, asociándose al orden de ideas que evoquen el recuerdo del personaje. Pueden asimismo traer á la memoria, por medio de bajos relieves incrustados en los paramentos, los principales caracteres ó rasgos de quien ha merecido el honor de un monumento público. Algunos pedestales ocupan el centro de un hemicíclo, ó de una glorieta circular provista de bancas; ó bien colocadas éstas contra la misma base del pedestal.

Algunas estatuas se hallan dispuestas sobre columnas; simbolismo conveniente y que parece como levantar la imagen del héroe á grande altura sobre la multitud. El efecto producido es, sobre todo, muy satisfactorio, cuando el monumento está situado de manera que pueda verse desde lejos; como en la extremidad de un paseo público, por ejemplo.

En la ciudad de México, poseemos estatuas honoríficas que pueden citarse sin desdoro. Descuella en primer término, la soberbia efigie ecuestre de Carlos IV, obra de Tolsa, reputada en su género, como una de las primeras del mundo: nuestra patria la conserva como un monumento de arte. La estatua erguida y gallarda del infortunado emperador Cuauhtémoc, fundida también en México: se alza en el centro de una hermosa glorieta de la calzada de la Reforma; la de Cristóbal Colón, igualmente dispuesta en ese paseo, y otras.

II.—TUMBAS.

La veneración por los muertos ha sido de todos los tiempos, y pertenece á todos los grados de civilización. Siempre deseamos señalar el pedazo de tierra bajo el cual piadosamente hemos depositado los restos del sér querido, y tratamos de dar un testimonio de nuestro culto á una memoria venerada: de aquí el origen de las tumbas, el respeto que las rodea y la

importancia palmaria que tienen para nosotros. Algunas ocasiones se trata de preparar el último asilo, y de satisfacer el deseo que experimentamos todos de dejar algún recuerdo nuestro.

Una historia completa de las tumbas, sería en verdad la de las sociedades humanas; haría revivir las razas, los nombres, las costumbres y las creencias. Pasaremos en estos Apuntes brevísima revista á lo más culminante que puede referirse; añadiendo al fin unas cuantas líneas acerca de los Cementerios.

TUMBAS EGIPCIAS.—Ningún pueblo se preocupó tanto como el egipcio de cuanto á la sepultura atañe. Diríase que la inhumación de los muertos y la construcción de las tumbas, era á sus ojos el objeto principal de la vida; y en verdad que una notable porción del pueblo estaba á ello exclusivamente destinada.

Las prescripciones religiosas, de acuerdo con las exigencias de la higiene pública, no les permitían abandonar los cadáveres á la descomposición natural; y sabido es el arte con que practicaban el embalsamamiento. Gran número de animales era también disecado después de la muerte, con el fin de poderse depositar en las vastas necrópolis sin que resultara ninguna peligrosa emanación. En algunos puntos de Egipto se han encontrado amontonamientos prodigiosos de animales de diversas especies, de esta suerte preparados y confundidos entre momias humanas.

Las tumbas del antiguo Egipto pueden dividirse en dos grandes clases: la que comprende á las alzadas á raíz del suelo, y la que considera á las practicadas en las profundidades (subterráneas). Entre las primeras, la forma habitual es la de pirámide cuadrangular. El origen de esta forma singular es aún punto á discusión; sin embargo, algunos se inclinan á que se inspiró en los túmulos de la tumba primitiva, forma natural, por decirlo así, y que proviene de la tierra extraída al cavar la fosa, tierra colocada después sobre el cadáver.

Entre las más célebres pirámides y que han alcanzado uni-

versal renombre, cuéntanse las de Gizeh, cerca de Menfis, en el misterioso valle del Nilo. Tres son las principales, como es muy bien sabido, además de otras muchas pequeñas. No intentaremos la descripción de estos interesantes monumentos, que se suponen pertenecer á la época de los faraones de la cuarta dinastía (unos 4,000 años a. J. C.); sus proporciones colosales, su sistema de construcción y su destino, han sido y son objeto de las más atentas consideraciones y del asombro de cuantos las visitan. Estas pirámides pertenecen á una inmensa necrópolis que, en general, se halla compuesta de sepulcros subterráneos practicados en la roca, á los cuales se llegaba por pozos de sección rectangular. Nadie cita á aquellos monumentos, sin acompañar el nombre de la gigantesca Esfinge esculpida en la roca también, cuya longitud alcanza unos 39 metros por 17 de altura, y distante como 100 metros de la gran pirámide.

“El interior de ésta—dice un escritor—parece lleno. No se ha descubierto todavía en ella, sino una larga galería, más pequeña, en proporción, que el trabajo de un topo bajo un surco. Una abertura imperceptible colocada á catorce metros y medio sobre su base, da paso á una serie de corredores oscuros. Nótase al pasar, una inscripción francesa que recuerda la expedición á Egipto. El trayecto es largo y peligroso, el calor extremado, y el aire espeso y ahogado, debiéndose marchar con la espalda encorvada y los pies puestos sobre unos estrechos bordes encima de un negro abismo. A este horrible camino, sigue una galería baja por donde hay que arrastrarse sobre un rápido declive; después se encuentra un pozo sin bordes al que es preciso dar vuelta; y, en fin, estrujado, arrastrado, doblado enteramente para evitar los choques, y también llevado sobre robustas espaldas, se atraviesa al cuarto llamado de la reina por donde se llega al del rey.”

“Por más esfuerzos que hagan los hombres—añade Bosuet—la nada de su sér aparecerá en todas partes: sus pirámides eran tumbas y todavía los reyes que las construyeron

ni han tenido el poder de ser en ellas enterrados, ni han gozado de sus sepulturas.”¹

Las tumbas practicadas en los flancos de las montañas, han recibido el nombre de *hipogeos*. Gran número de éstos se ha encontrado, compuestos á menudo de una larga serie de pasillos diversamente dirigidos, y de varias salas cuyos techos se sostienen por pilares. Hay algunos hipogeos muy importantes que no contienen más de un solo sarcófago; otros poseen varios.

Los más notables son los del valle de Biban el Molouk, que

1. Notables y muy dignas de cita son las construcciones que se advierten en Teotihuacan (Valle de México), objeto de numerosos estudios y de no escasas conjeturas acerca del origen probable del sistema que impera en la disposición general de dichas construcciones. Dos palabras acerca de ellas:

A 43 kilómetros N.E. de la ciudad de México, por ferrocarril, se encuentra el sencillo pueblo de San Juan Teotihuacan, y á 3 kilómetros también N.E. de ese pueblo, “en un suelo de formación basáltica y en un terreno inclinado que forma la base del elevado y voluminoso Cerro Gordo, se levantan dos grandes pirámides, dedicadas por los antiguos mexicanos la mayor con el nombre de *Tonatiuhzacualli* al Sol; y la menor con la denominación de *Meztlicacualli* á la Luna. Ambas—agrega el Sr. García Cubas que ha explorado á conciencia ese lugar—se encuentran algo orientadas, hallándose su cima bajo el mismo meridiano, la de la Luna al N., la del Sol al S., y están compuestas cada una de tres cuerpos y tres gradas.” Hé aquí las principales dimensiones de estos monumentos: *Pirámide del Sol*: Lado N. á S. de la base, 232 metros.—Lado E. á O., cara austral, 220 metros.—Altura, 66 metros.—Inclinación de las caras N. y S. 31°.—*Pirámide de la Luna*: Lado N. á S. de la base, 130 metros.—Lado E. á O., 156 metros.—Altura, 46 metros.—Inclinación, cara oriental, 31° 30'. Según lo anterior, resulta ser la pirámide del Sol casi igual á la pirámide egipcia de Cheop y más alta que la de Misenus.

“La pirámides de Teotihuacán—seguimos al Sr. García Cubas—están construídas por capas sobrepuestas y alternadas de barro y piedra, de toba volcánica, de barro y arena gruesa de *tezontle*, y por último, una muy delgada de finísima cal bruñida por su cara superior, siguiéndose el mismo sistema en todo el monumento.

“En el interior, las pirámides de Teotihuacan conservan idénticos detalles á los de las pirámides egipcias. La única abertura conocida, se encuentra en la cara austral de la pirámide de la Luna á la altura de 20 metros. Dicha abertura da entrada á una estrecha galería descendente, interrumpida por un pozo profundo cuadrangular, cuyas paredes están revestidas de sillares de toba volcánica. Tal vez la pirámide del Sol, que es la mayor, posea detalles más importantes.

Champollion el joven ha descrito admirablemente;¹ pero quizá aún más que los anteriores, para la historia de la Arquitectura, son notables también los hipogeos que se encuentran cerca del pueblo árabe de Beni-Hassen; que ocupa el sitio de una antigua ciudad egipcia, cuya necrópolis es lo único que queda. Está practicada en una meseta calcárea que la domina. Es de notar que estos hipogeos tienen marcadas sus fechas respectivas y pertenecen á grandes funcionarios citados en las mismas tumbas. Igualmente es digno de nota que á uno de los hipogeos le precede un pórtico de columnas estriadas y sin bases, columnas llamadas por Champollion *protodóricas*, pues se ha creído hallar en el valle del Nilo la fuente del orden dórico, hecho importante para la historia del arte; sin embargo de que á los griegos les toca la indisputable y legítima gloria de haber animado la forma y alzádola á la categoría de creación, puesto que era letra muerta antes que ellos; tal como se observa con la ojiva, que data de todos los tiempos, pero cuya vida la debe, sin embargo, á la Edad Media.

Diffícilmente se puede pasar revista á las prodigiosas construcciones fúnebres de Egipto, sin experimentar á la vez una admiración profunda por la magnitud de los trabajos, y un doloroso sentimiento de piedad por el desgraciado pueblo cuya

“Con la denominación de *tlateles* se conocen los innumerables túmulos que rodean las pirámides. Esos monumentos se hallan unas veces aislados y otras unidos y alineados, limitando la calzada que comienza cerca de otro monumento llamado la Ciudadela, pasa por la cara occidental de la pirámide del Sol y termina enfrente de la cara austral del monumento de la Luna, formando al concluir un gran círculo, en cuyo centro se encuentra otro túmulo. Llámase esa calzada *Calle de los Muertos*.”

Además, las pirámides, en su parte superior, tienen una meseta ó plataforma; lo cual ha hecho suponer que tales monumentos hayan servido, además de sepulcros, de pedestales de otro edificio, de templos ó ciudadelas, de altares, observatorios y fortificaciones. Por otra parte, puede considerarse á Teotihuacan (lugar de adoratorios) como una Necrópolis, cuyas pirámides es fácil que posean sepulcros subterráneos, como el *zacualli* de Cholula y la pirámide del Puente Nacional, ó las salas mortuorias de Chila.

1. Véase en el *Traité d'Architecture* de Mr. Reynaud, parte de esta descripción detallada.

suerte le condenó á gastar su vida entera en estos colosales cuanto improductivos trabajos, que no llegaron ni siquiera á aprovechar muchos de sus altivos iniciadores.

TUMBAS GRIEGAS.—Muy sencillos parecen haber sido los monumentos fúnebres de la edad heroica de los griegos. Habitualmente eran túmulos de tierra de dimensiones más ó menos considerables, análogas á las de los etruscos, de que adelante hablaremos. Algunos sepulcros estaban practicados en las rocas, pero sin alcanzar el considerable desarrollo que hubieron de darles los egipcios. La entrada generalmente la decoraron de una puerta muy sencilla ó de un pequeño pórtico jónico.

Otras construcciones del mismo género eran más macisas y se componían de un basamento coronado de un piso ó cuerpo con columnas. Tal era, por ejemplo, la tumba de Theron en Agrigento.

Las *estelas* son losas delgadas de mármol ó de piedra, de forma rectangular, dispuestas por lo general verticalmente. Ostentan una breve inscripción conmemorativa, y casi siempre se hallan coronadas de palmas, de un carácter admirable, símbolo de honroso paso por la vida. Míranse allí también, coronas, flores, instrumentos de los que usó la persona sepultada en ese lugar; ó bien representada la escena del postrer adiós, llena de tranquilidad y de melancolía. Entre los helenos más que en pueblo alguno de la antigüedad, la muerte no tuvo ese carácter terrible y pavoroso que revistió después: la encantadora imaginación del pueblo artista había sabido embellecerla.

Cuando los monumentos fúnebres se destinaban para diversos hombres célebres á la vez, recibían el nombre de *poliandros*, y de *heroon* cuando para uno solo. Los monumentos que únicamente eran conmemorativos sin contener restos, se llamaron *cenotafios*.

Célebre, finalmente, fué en la antigüedad, la tumba del rey de Caria, Mausolo ó Mausoleo, erigida por Artemisa, su esposa; monumento que se contó entre las siete maravillas del

mundo, y que ha dado su nombre (*mausoleo*) á las construcciones fúnebres fastuosas.

TUMBAS ETRUSCAS.—Completamente desconocido nos sería el arte etrusco, si las tumbas de este pueblo no se hubieran conservado como preciosos testimonios; pues no bastan los restos singulares de otras construcciones diseminados por diversos lugares habitados por aquellos artífices.

Las tumbas etruscas son de dos especies: las unas, cavadas en las masas rocallosas ó muros abruptos; las otras, consistentes en grandes túmulos de tierra, de forma cónica, que descansan sobre basamentos cilíndricos hechos de piedras de grandes dimensiones. Las cámaras funerarias de estos últimos sepulcros, son, en general, subterráneas en totalidad ó en parte. El techo de las salas totalmente practicado en la roca, tiene algunas veces la forma de una bóveda cilíndrica, ó de una construcción de madera, ya plana, ya de dos ó cuatro aguas, con vigas aparentes regularmente dispuestas. Cuando el techo de la cámara no está tallado en la roca, entonces consiste en una bóveda formada de hiladas horizontales de piedra, concéntricas y dispuestas una hilada sobre otra en retroceso; como la del llamado tesoro de Atreo en Micenas.

Las entradas de varias tumbas no son más que aparentes al exterior; otras están marcadas con claridad por pequeñas aberturas en el basamento. La decoración de estas puertas consta de una chambrana y dintel muy elevado con molduras salientes, algunas de ellas en forma de asas; y es notable que esta singular disposición se encuentre igualmente en varias tumbas del Asia Menor, y con especialidad en Judea.

Las pinturas decorativas de algunas tumbas etruscas pertenecen más ó menos á cierto estilo arcaico. Las unas representan esfinges; otras, animales fantásticos; varias, festines fúnebres, etc.

Uno de los más importantes sepulcros es el descubierto por Canina en la necrópolis de la antigua ciudad etrusca de Coéré; el que presenta mayor interés porque no había sido violado.

Es un verdadero túmulo con cámaras funerarias, de las cuales se han extraído gran número de vasos, estatuas de barro cocido, y una urna cineraria; un lecho de bronce, escudos de esta misma substancia, ricamente decorados; armas y otros objetos diversos; así como osamentas humanas. Opínase que las obras de arte halladas en las salas de este túmulo, presentan más hondo interés que la construcción misma. Canina supuso que la tumba citada se remonta al siglo IX antes de nuestra Era.

Otras tumbas etruscas han proporcionado á los investigadores interesantes inscripciones jeroglíficas, así como vasos y esmaltes de estilo egipcio.

Finalmente, de acuerdo con varios pasajes históricos, todos estos monumentos tienden á establecer una comunidad de ideas, resultante de un mismo punto de partida; ó de relaciones seguidas entre pueblos que, repartidos en territorios muy lejanos los unos de los otros, se desarrollaron más tarde en vías de tal modo diferentes, que cada uno de ellos prohió un arte del todo especial.

TUMBAS ROMANAS.—Tuvieron los romanos por maestros en las artes, á los etruscos primero, y á los griegos después; sus sepulcros recuerdan esta doble acción. Como los etruscos, erigían la mayor parte de sus monumentos fúnebres á orillas de las calzadas principales, ó caminos que conducían á la ciudad, fuera de su recinto. Ejemplo notable es la *Via Apia*, la vía de los sepulcros en Roma; así como la conocida por este último nombre en Pompeya, tan celebrada.

Estos monumentos reproducían diversas disposiciones ya conocidas: túmulos, pirámides, edículos exornados de pilastras ó columnas, hipogeos, sarcófagos y monolitos con figuras ó sin ellas. Todas estas formas fueron adoptadas por los romanos, poco inventores, como se sabe, en materia artística, pero hábiles para asimilarse cuanto tomaban á los otros países. "Su carácter fué tan original, que lo dejaron marcado en sus obras; de suerte que se halla en los detalles el sello distintivo que falta á la concepción."

Hubo de ser el túmulo la disposición más acostumbrada en los comienzos de la sociedad romana; forma que parece no haberse abandonado nunca.

Entre los túmulos, cítase como notable la tumba de Augusto erigida en el campo de Marte, y cuyas ruinas son visibles todavía. El edificio era de forma circular y piramidal: sobre el todo, se levantaba una bóveda en forma de cúpula. Los pisos de que constaba la construcción tenían sus cuartos sepulcrales y todos estaban cubiertos de mármol blanco y adornados de pilastras. Se entraba por una sola puerta.

Hay que colocar también entre los túmulos, el famoso mausoleo de Adriano en Roma, edificio el más considerable de este género que hayan ejecutado los romanos. Sus mutilados restos forman hoy el castillo del Santo Angel, á orillas del Tíber. Este sepulcro estaba dividido en dos partes; la una cuadrada, y circular la otra. Tan inmensa construcción fué ejecutada de mármol blanco. La tumba de que hablamos, llamada también Mole Adriana, sirvió de sepultura á los Antoninos, y se erigió casi frente á la de Augusto. Hoy es una fortaleza perteneciente al Vaticano.

Los romanos hicieron uso también de las tumbas en forma de torres, que son túmulos ejecutados todos de mampostería, y cuyo basamento ha recibido más elevación de la acostumbrada en los antiguos monumentos fúnebres. Digna es de citarse la tumba de Cecilia Metela, á orillas de la Vía Apia; siendo una de las mejor conservadas de la vieja Roma.

Entre los sepulcros piramidales es notable el de Cayo Sextio, cerca de la puerta de San Pablo y de las murallas. Encierra una cámara de seis metros por cuatro de extensión y con bóveda de medio punto. Al exterior, el monumento es de mampostería con cubierta de mármol blanco, y de cerca de 40 metros de altura; por unos 30 de longitud en la base. Alejandro VII hizo restaurar el monumento.

Otro género de sepulcros empleado por los romanos fué el llamado *columbarium*, habitación medio subterránea, en cuyas